

En la misa damos gracias a Dios

¡Hola!

En misa, le damos gracias a Dios por todo lo que ha hecho por nosotros. Todo lo que tenemos y todo lo que somos es don suyo. Cuando contemplamos el mundo nos sorprende la abundancia de dones que Dios prodiga y la interdependencia de toda la creación. Nos ha dado todo lo que necesitamos y sigue derramando sobre nosotros, hasta dárse nos él mismo en Jesús, su Hijo amado. La vida de Jesús nos hace ver quién es Dios y quiénes somos nosotros, dónde estamos y a dónde vamos.

Cuando conversa usted con niños en la misa, subraye que oramos dando gracias en la liturgia.

Aunque toda la vida de Jesús, su muerte y resurrección es reveladora, consideramos el final de su vida terrenal y el inicio de su vida resucitada el lugar privilegiado de la revelación. En la Última Cena, Jesús pronunció palabras que conocemos bien, pero que eran novedosas a los que estaban con él: Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre. Y les dijo hacer eso en memoria de él.

Todo viene de Dios, Dador de toda gracia.

Vamos a fijarnos en lo que les pidió hacer. Tomó el pan, dio gracias, lo partió, les dijo que era su cuerpo, y se los dio a comer. Lo mismo hizo con la copa, ya bendecida se las pasó para que bebieran, y dio gracias a Dios.

Dar gracias a Dios en la misa solo porque Jesús nos pidió hacerlo, es ya bastante. La vida de Jesús nos descubre cómo hemos de vivir, y nos dice que este momento hay que vivirlo una vez y otra. En efecto, en otra celebración de este momento es que él se hace reconocible a los que lo amaban, aunque su apariencia había cambiado después de la resurrección.



La gratitud es la única respuesta por recibir el mayor de los dones.

Además del mandato de Jesús, darle gracias a Dios en la misa es “justo y necesario”, como suele decirse en el Prefacio de la Plegaria Eucarística. De hecho, la única respuesta justa por recibir los dones más grandes, la misma vida de Dios en nosotros, es un efluvio de gratitud.

Cuando el sacerdote eleva los dones ofreciéndolos de vuelta a Dios, pronuncia palabras de gratitud por nosotros, palabras que confirmamos con nuestro “Amén”. Pero nuestro agradecimiento también va en el gesto mismo del sacerdote. En el cáliz hay vino abundante, representando la divinidad, y una gotita de agua, representando nuestra humanidad. De esta manera, en nuestro agradecimiento devolvemos a Dios nuestra vida entera, reconociendo que esa donación no es propiedad nuestra, pues estamos unidos a Cristo resucitado.

En nuestras luchas y éxitos, penas y alegrías, vemos que todo viene de Dios, Dador de todos los dones. El mayor de todos ellos es Dios mismo que se da por y a nosotros. No hay más respuesta que la gratitud. La misa es donde expresamos nuestra gratitud plenamente, al responder a la solicitud de Jesús: “Hagan esto en memoria mía”.